

# **La condena**

© Michael Moreno

Cuando siento que una minúscula parte de su cuerpo empieza a aparecer, busco desesperadamente la manera de embriagarme, ya sea del mismo límpido aire que respira la podredumbre andante o de la bebida alcohólica que tenga más cerca, para lograr olvidarla, o acrecentarla, haciendo que se me haga imposible detener su edificación. Almacenándola, aunque sea de una manera muy burda, en la inmortalidad.

He pasado noches enteras sin dormir, buscando la forma de no depender del licor, las drogas o las mujeres para escribir con propiedad, o para al menos tener el suficiente criterio de analizarme y plasmar fielmente mis pensamientos sin reprimenda futura alguna que me haga sentirme arrepentido por lo que he creado bajo el efecto de aquellas sustancias alucinógenas. Pero se me hace imposible dedicarme por completo a esto que me apasiona y me mata sin tener una ligera sensación de ebriedad, pues en caso de crear algo bajo el efecto contrario pienso que estaría cediendo de alguna forma a las normas impuestas por la agobiante sociedad. Aunque cuando la escasez económica se hace presente no puedo hacer más que desahogarme con la espada de tinta y el rugoso papel. Tal y como estaba hace unas horas, cuando me interrumpieron en el momento en que trataba de hundirme, como de costumbre, en los mares que mi vago pensamiento crea, dándole paso así a una de las finas e inconscientes manos que acarician tenuemente mis sienes y me hacen caer en una modorra tan agradable que se me hace imposible distinguir si aún continuo escribiendo o estoy soñando con aquello que más odio y amo, la escritura.

Cuatro golpes secos, provenientes de una mano envejecida y de la tabla ancha y roída que me sirve de puerta, interrumpieron la transcripción que hacía de una de las insanas fantasías que mi inventiva creaba en un estado casi que milagroso, pues estaba en completa sobriedad y extasiado por este simple sentimiento, en el cual no estaba atado a mis “dependencias”.

Desde el momento en que me pasé a vivir a este humilde y destartalado cuarto dejé muy en claro que mi tranquilidad no fuese interrumpida, sin importar que un incendio o un asesinato estuviesen ocurriendo a escasos milímetros de mi puerta, o, que desesperado, alguno de los habitantes de esta antigua e inmensa casa se viera tan sofocado por su soledad que se viera obligado a acudir a mi habitación para entablar una conversación insulsa y vacía (que es de los mejores placeres que existen), para así hacer más fácil la pesada carga de su – o de la- existencia. Pero a pesar de esa solicitud, no me sentí abrumado por la presencia de mi arrendatario, el señor P., quien me solicitaba.

Aun así exista el enojo, más por la interrupción de mi sueño que por la de mi labor de redactor. Pero éste lo guardé como siempre para mí mismo, y con prontitud, como si acaso estuviese esperando aquel llamado, abrí la pesada puerta. Dos ojos hundidos en lágrimas aun no derramadas se enfocaron en mi rostro y gritaron por un poco de ayuda para cargar este pesado sentimiento el cual ya mencioné y al cual estamos atados. Pensé que habría de estar realmente enfermo y sería más conveniente ingresar voluntariamente a un centro psiquiátrico si acaso negaba tan bondadosa invitación que el señor P. me hacía, para compartir con él algunas palabras y una pequeña cena navideña que

me tenía preparada en la mesa de la cocina, y así no permitir que el bullicio festivo que se vivía en todo el barrio lo entristeciera más.

>>Deseo que hoy me sirva de confidente. Quiero contarle como la oscuridad se apodero por completo de mí y por qué no puedo liberarme de ella con la más extravagante o ligera alegría que alguien puede ofrecerme<<. Me dijo, después de unas horas y en una actitud lamentable, pues mantuvo su cabeza baja en todo el prólogo del relato, que inició desde el momento en que golpeó mi puerta, y aferrándose a su asiento, como si aquel recuerdo lo hiriera cada vez más y asesinara de esta forma las pocas esperanzas que le quedaban.

>>Llegué a deslizarme por los toboganes de miseria que el amor brinda continuamente, hasta el punto de quedar inmerso en la decadencia total, como si yo no fuese más que un perro despreciable que con cualquier caricia se contenta y hace mover su cola desenfrenadamente y en señal de agradecimiento... Aunque... Aunque el cariño que sentí por esa mujer fue tan grande que desde el momento en que me desprendí de ella no pude bajarla del pedestal artístico en el cual la coloque el día que la conocí.

>>Es aun la imagen que logra calmarme en mis mayores noches de tensión, y la cual mantengo fija en mi memoria hasta que el sueño se apodera de mí. Y aun me aferro a la almohada en la cual ella posó su cabecita por única vez como si fuese todo su candente cuerpo<<. En ese punto, y muy a mi pesar, tuve que detenerlo para ir por una chaqueta a mi habitación, pues la conversación, que llevaba ya bastante tiempo, había creado un ambiente tan agradable que no quería que el viento más insignificante lograra fijar mis fuerzas motoras en otra cosa, como mantener caliente mi cuerpo, frotando una mano con la otra y

perdiéndome así de detalles importantes en la historia central de la noche.

Al volver a la mesa vi que el señor P. tenía una wiskera plateada en sus manos y se veía más alegre. Me ofreció un trago, y a pesar del frío y de mi incontrolable sed por el vicio, preferí no aceptarlo y continuar en la medida de lo posible sin una gota de licor en mi cuerpo. Quería permanecer despierto, totalmente cuerdo, por lo menos hasta que la sed se me hiciera irresistible; inmóvil e indiferente ante la algarabía que se vivía en las calles y en los departamentos contiguos.

>>Yo también dedicaba mi tiempo libre a la completa vagabundería y a plasmar cualquier pensamiento ridículo que se me ocurría<<. Me dijo, señalando una agenda que había sobre la mesa y viéndome fijamente a los ojos, como si estuviese a punto de lanzarme innumerables injurias debido a mi fervorosa dedicación al arte, no de escribir, sino de vivir, pues por un momento pensé que se refería a mi costumbre de llegar últimamente a la casa borracho o drogado, y en casos más afortunados, con una puta de cualquier burdel barato que se me cruza por el camino. Pero no fue así. Todo ese pensamiento desenfrenado y conjeturas erráticas eran tan solo eso, un vago pensamiento, pues él fijó nuevamente su mirada al suelo y dio un largo trago y un gran suspiro antes de continuar.

>>Sí señor. Yo también me dedicaba por completo al ocio, y no me he arrepentido ni un momento de eso, ni siquiera los días en que no tengo nada que comer y me veo obligado a ir a la tienda de doña Lucrecia para limosnear un trozo de pan. Y ella, ya usted la ha visto, muy bondadosa la anciana esa, me entrega un paquete lleno de vegetales y otro tipo de cosas para que yo me mantenga por unos días

más. Ah, la pobre... Pero si le comento todo esto no es para que usted crea que yo me la paso espiándolo. No, no. Usted no es tan importante para mí. Es solo que es inevitable no ver los libros que a diario trae bajo la manga. Usted entra a la casa de una manera algo rígida y me he dado cuenta que no los saca de su ropa hasta que está en el interior de la casa, como si temiera que el librero lo estuviese persiguiendo, o como si creyera que algún vecino al verlo sacar el libro de su ropa, no pensara que usted es un buen literato sino otra vil rata, comparándolo con cualquier otro que se conforma vulgarmente con dinero, o en muchas ocasiones, con la vida de algún inocente. Apuesto a que todos los que tiene ahí en su cuarto se los ha robado ¿Cuántos tiene? ¿Cuántos se ha robado? Es más. ¿Cuál fue el último libro que compró?<<.

-Y no solo con los libros -le contesté, en medio de risas. -Con la música también-. Las sonrisas que continuamente manteníamos harían que cualquier caminante pasajero y desprevenido, en caso de estar en un espacio abierto, llegara a pensar que nuestra amistad era antiquísima. O que tal vez, debido a la actitud que me pareció que compartíamos, aquel señor fuese mi padre o mi abuelo.

En ese momento, como queriendo darle fin a las risas, su mano temblorosa sacó del bolsillo de su camisa una foto destrozada. Se quedó viéndola hasta que sus ojos centellearon con la misma intensidad en el momento en que abrí la puerta de mi habitación. Pensé que había sido de mal gusto haber rechazado el trago y me avergoncé incluso de solo pensar en pedirle un poco, teniendo en cuenta que él ya me había ofrecido y que ya me había visto muchas veces llegar borracho a su casa. Decidí no pensar en eso, pero en algo tenía que pensar, y mi ansiedad se acrecentó por conocer la historia que guardaba y que me

estaba contando antes de levantarme de la mesa. Pero al igual que con el trago preferí quedarme en silencio, viendo pasar sus dedos índice y medio por aquella foto en sepia que contenía la imagen de una mujer muy joven y hermosa, con una figura dulce, como la de una quinceañera a la que hasta ahora se le están formando las primeras curvas del cuerpo. No quería afanarlo para que relatara su historia, no quería que pensara que yo era un ladrón más de esos que se conforman por completo con trabajar en periódicos en vez de cultivar su vocación literaria. Además, no había ningún afán por terminar de hablar. ¿Para qué acostarse temprano una noche en la que nadie madruga sin una botella a su lado?

>>Tal vez le parezca poco importante este relato y se pregunte como pude tomarme la molestia de almacenarlo en mi memoria. Pero escúcheme, no será por mucho tiempo. Es más, si usted así lo quiere, puede utilizarlo como parte de sus columnas.

>>No se imagina el éxtasis tan ardiente que sentí al ver por primera vez a Margaret. Venía en busca de un trabajo cualquiera que le permitiera mantenerse a ella y a sus dos hijos<<. Me acercó la foto sobre la mesa para que yo la pudiera contemplar mejor y agregó: >>Su esposo se valió de chismes para convencer a la gente de su pueblo que ella era una puta y exiliarla de allí. Por lo que ella me contaba, él era algo obsesivo, no podía ni siquiera saludar al tendero porque ya la celaba. "Y para agregar", me decía mi amada Margaret, "ni siquiera cumplía con el deber de hombre del que se glorificaba, pues aquella obsesión tan grande escondía una gran deficiencia sexual".

>>Me contó que sus dos hijos habían sido resultado de dos noches en las que lo había visto deprimido, algo que ya era típico en él.

La aburría demasiado su actitud dominante y reprimida. Pero ella por simple lastima había accedido a que él la tocara y la penetrara con tal pasión que aquel minuto que duró ambos encuentros y del cual nacerían sus dos amores, él los recordaría como un milagro, como algo divino. Qué pelele. Y lo peor de todo es que había sido ella quien lo había convencido para que se acostaran. Qué escena más ridícula y grotesca. No sabe cuántas veces nos divertíamos en mi oficina hablando sobre eso, y tomando una botella de vino tras otra, que daban paso rápidamente a los inevitables besos y caricias.

>>Al inicio era algo frígida, algo muy normal teniendo en cuenta que venía de Perant, el peor pueblo sobre la faz de la tierra. ¿Lo conoce? Pues no se lo recomiendo, ni siquiera para ir de vacaciones... ¡Ah, mi querida Margaret! Su frialdad me encendía, pero su hipocresía consigo misma me irritaba, menos en los momentos cuando tenía su cuerpo sobre mí y se mezclaba el sudor de su espalda con el de mi pecho. Recuerdo la pasión con la que le frotaba su clítoris y sus pezones con mis manos libres, lentas y furiosas; como mordía uno de sus hombros y subía una de mis manos hasta su fino cuello, asfixiándola, hasta que se le hacía imposible retener aquel estrepitoso y gratificante grito seco que su orgasmo le provocaba y yo le impedía liberar por completo, ejerciendo más fuerza como si mi mano se tratara de una correa de cuero; o cuando nos lanzábamos miradas en medio de las juntas que nos enrojecían de inmediato y me recordaban que toda esa coquetería terminaría con ella pidiéndome que no sacara mi viril miembro de su estrecho y acogedor cuerpo, o rogando para que la elogiara una y otra vez con el sacro líquido lechoso que almacenaba para alabar toda su figura... ¡Ah, mi bella Margaret!, todos esos

recuerdos, además del cariño con el que nos hablábamos, me hacen sentir como si acaso ya estuviese muerto y en un plano metafísico utópico con la reina de mi vida. Incluso hay momentos donde no me importa nada de lo sucedido, pues solo así es que he podido permanecer fiel a ella, a pesar de que no la tengo ya a mi lado... Es inevitable recordar todo esto sin caer irremediablemente en la nostalgia, pues cada vez que evoco estos bellos momentos que viví con ella, recuerdo el momento trágico en el que la perdí<<.

Parecía que todo el mar de lágrimas estaba a punto de surcar los valles que se formaban en las arrugas ubicadas en los pómulos y las comisuras de la boca del señor P. Pero llevándose rápidamente los puños a los ojos y recomponiéndose en su asiento, el señor P. continuó narrando su historia, como si acaso su neurosis paranoica y misántropa fuese a desaparecer con su completa disposición a la conversación. No podía existir mejor diván que aquella enclenque y deteriorada mesa de madera.

>>Todo el episodio que estoy a punto de contarle estuvo rodeado por completo de un profundo miedo a ser descubierto por mis clientes...